Beatrice, Matteo y Roma

Autora

Juncal Baeza Monedero

Accésit

Categoría B • 19-30 AÑOS

2015

Autora

Juncal Baeza Monedero

***Madrid,** 1982*

Licenciada en Ciencias Ambientales, actualmente trabaja como Coordinadora de Programas de la Unión Europea en la Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas (FIIAP). Ha publicado tres libros: Lo imaginado (www.editorialdieciseis.com), El corazón de las minas, publicación apoyada por UE y el Ministerio de Minería de Bolivia, y Vidas Infinitas, publicación apoyada por UE y el Instituto Nacional de la Juventud en El Salvador. Ha sido ganadora de numerosos premios literarios, entre los que destacan: Certamen Literario de la Fundación Clara Campoamor, el Concurso Internacional de Cuentos Todos somos diferentes de la Fundación de Derechos Civiles, el Certamen Literario Mujerarte, el Certamen Literario Ciudad de Martos, el Certamen Literario La Fénix Troyana, Premio Nacional de relatos cortos de la Fénix Troyana, de la Asociación de Mujeres Progresistas de Badajoz, el Concurso Internacional de cuentos Valentín Andrés, entre otros.

BEATRICE, MATTEO Y ROMA

Juncal Baeza Monedero

Beatrice desanda la *Vía Giustiniani* mientras Matteo se concentra sobre la maqueta del barco. Camina mirando al suelo, extrañada por el silencio que de repente parece recorrer la ciudad. Es como si todo el bullicio del día, las fotografías, las bocinas de los coches, hubieran desaparecido al anochecer. Se acerca al Panteón casi sin darse cuenta, y piensa en lo que le hubiera gustado conocer el templo auténtico, el que era rectangular y tenía los capiteles de bronce.

Llueve en Roma y el frío se extiende, húmedo y sigiloso, por las calles empedradas. Beatrice se abotona la capa hasta arriba y encoge el cuello para resguardar su rostro en los bordes de la capucha. Se ha puesto un jersey frambuesa por debajo de la capa, y por eso no le importa que ésta le deje los brazos expuestos al frío. Nunca usa paraguas, da igual cuánto llueva. Como en este comienzo de noche silenciosa que ha terminado empapándole el cabello. Si se esfuerza puede llegar a oír cómo discurre el agua por el interior de las tuberías de cobre que serpentean entre los edificios.

Amigo, general…lee en el friso del pórtico y cuando termina la frase se siente un poco como en casa. Su padre la trajo a verlo – a verlo *de verdad*- cuando tenía cinco años, y su espíritu quedó ligado

de alguna forma a ese templo. Es lo primero que escogió, sin vacilar, para su primer trabajo en la Escuela de Arte.

Después piensa en las palabras de Matteo de la noche anterior… allí mismo, entre las gotas de lluvia, recuerda el ***"entonces será sin ti"*** que hoy la ha empujado a salir a la calle.

Mete la mano derecha en el bolsillo de su capa y comprueba que todo está bien ahí dentro. Empieza a tiritar y decide seguir caminando, sin atreverse todavía a escoger el camino más directo hasta su destino. Podría haberse quedado en casa. Quizá, si se hubiera tranquilizado a tiempo, y no lo hubiese dado todo por perdido, ahora estaría tendida en el sofá con los pies descalzos. Tratando de hablar.

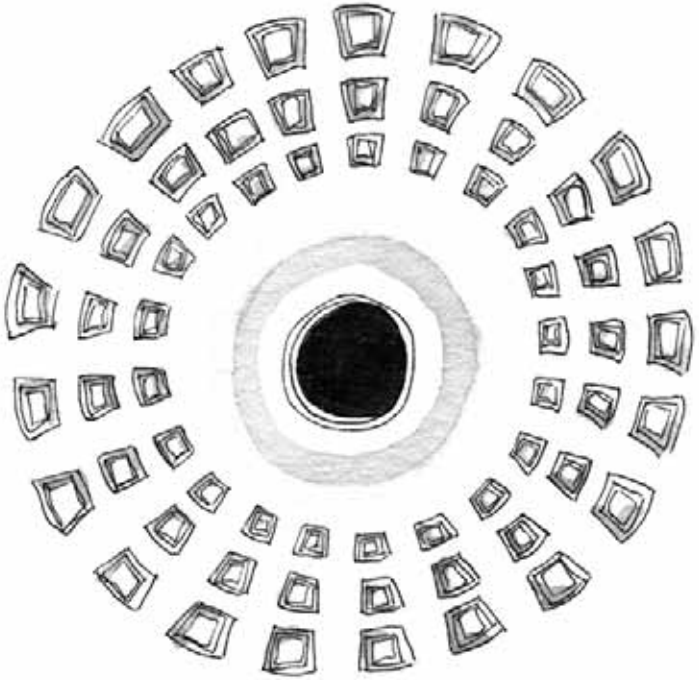
Es Matteo y es Roma. Ella, que adora cada piedra callejera lo mismo que cada estatua de bronce con que se topa en la ciudad, no puede escoger entre uno y otro.

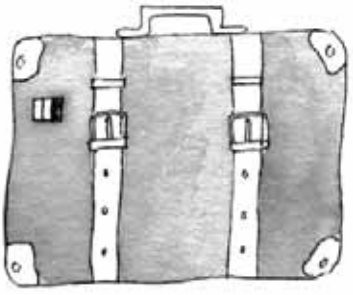
Irse de Roma sería como abandonarlo todo, decirse adiós a sí misma, a ella que se llama Beatrice porque sus padres se enamoraron de la *Portinari de Dante,* leyendo la *Vita Nuova.*

¡Signorina!, escucha a su espalda, y el sonido rebota en las paredes de piedra de los edificios que la rodean, y se escucha como si estuvieran en una cueva. Se aparta para dejar paso a una bicicleta, y el chico que pedalea acerca la mano al manillar, acaricia el timbre de latón y lo hace sonar dos veces justo al sortear su cuerpo. La sonríe mientras pasa, pero ella no alcanza a verlo. Se olvida por un momento de por qué está recorriendo la ciudad de noche y le sigue con la mirada mientras él se aleja deprisa, levantando agua del empedrado con cada golpe de pedal.

Se sumerge en la Vía del Seminario al doblar la esquina. Cada vez le pesa más la capa, por el agua que ha atrapado el tejido. Por un momento siente la tentación de levantar la capucha, aunque esté empapada, y calársela en la cabeza, pero no lo hace. Teme que si cubre sus ojos no pueda aguantar más y se dé media vuelta, y llegue a casa justo a tiempo para ver a Matteo terminar de colocar la falsa película de latón en la parte baja de su maqueta de barco.

¿Para qué es eso? Le ha preguntado ella antes, cuando todavía entraba luz por las ventanas. Y él le ha explicado que los barcos





necesitan recubrir la parte en contacto con el agua de un material como éste, para que la sal del mar no lo corrompa. Si se da prisa en volver quizá llegue a tiempo de ver a Matteo metiendo las últimas piezas del barco en la maleta.

Introduce de nuevo la mano en el bolsillo derecho para recordar por qué está ahí y levanta la cara hacia el cielo. Intenta escurrirse los extremos de la capa con las manos, apretando la tela en el interior de sus puños, y sigue caminando. Si alguien la viera ahora no lograría adivinar que está llorando. Sabe que está a punto de perder a Matteo, que él se va porque Roma se le queda pequeño y desde hace años persigue un montón de sueños que se van mucho más lejos, que necesitan salir de la ciudad y contagiarse de mundo.

Ella, sin embargo, nunca tendrá suficiente Roma como para dejarla atrás.

Una música muy lenta se mueve sobre los adoquines, como si se acercase ondulando sobre el suelo para encontrarse con los tobillos de Beatrice. Por Montecatini aparece caminando un músico empapado, sosteniendo entre sus manos una trompeta reluciente, y moviendo los dedos suavemente sobre los pistones. Toca bajo la lluvia.

En mitad de la calle se organiza un concierto, solamente para Beatrice. Ambos se detienen, uno enfrente del otro, y la música que toca él a ella le recuerda a *La Dolce Vita*, a Anita y Marcello, sólo que con lluvia. Cuando se hace de nuevo el silencio, Beatrice aplaude sin ruido, solamente dos veces, y le pregunta cómo es posible que suene así una trompeta. ***Porque está hecha de latón***, le dice él, ***que vibra mucho y parece oro, y porque la toco desde que era un niño***. Ella le dice su nombre, y le cuenta que tiene que marcharse porque hay algo muy importante que debe hacer esa noche, y no otra.

Cuando se encamina hacia la *Vía del Corso* todavía lleva esa música atrapada en el interior de su mente y el *¡buena suerte!* con que la despide gritando el músico, empujándola invisiblemente un poco más allá, un paso más adelante.

Camina bajo las ventanas de los edificios y escucha algunas voces furtivas que se escapan de dentro. Se pregunta si será capaz de vivir

en una casa que albergue solamente su voz, y no la de ambos. Cómo quedarán las paredes después de que Matteo se haya llevado todos los cuadros, también el primero que tuvieron, ese que no sabían cómo colgar. Él entonces había arrancado un trozo de cable que sobresalía de la pared como si fuera una serpiente delgada, y había abierto una hendidura en el plástico para trenzar las hebras de cobre hasta convertirlas en una cuerda. Lo colgaron sobre la cama, de una chincheta, y después de tantos años no se había movido.

Beatrice no se da cuenta de que la lluvia es cada vez más fina, que pronto dejará de llover y podrá recorrer lo que le queda más velozmente, porque no tendrá que mirar dónde pisa, y cuando llegue no temblará, al menos no de frío.

.....

Bice, le había suplicado Matteo hacía semanas, ***tienes que venir conmigo***. Él es el único que le acorta el nombre sin que a ella le importe. Beatrice, en aquel momento, no pudo decirle que sí, y sin embargo hace dos noches, ni siquiera hizo falta que le dijese que no. Regaron de maletas la casa para ir llenándolas lentamente y que no se quedasen las paredes vacías de pronto, pero Beatrice no había metido nada, ni ese día ni los siguientes. Y fue suficiente esa respuesta.

Habían estado escuchando a *Mario Lanza* todo el día, acompañado del sonido metálico de la bocina del gramófono, mientras Matteo recogía lo poco que quedaba de su ropa. La maleta de ella descansaba sobre la cama, vacía como un nido recién construido, como el primer día.

Beatrice se había levantado del sofá desde donde lo estaba viendo marcharse poco a poco, antes de que él cerrase su bolsa, y se había acercado a la puerta. El cobre del picaporte quemó su mano como si hubiese agarrado un pedazo de hielo.

En Crociferi un temor inesperado se apodera de Beatrice, antes siquiera de llegar a ver nada. Surge porque su pecho anticipa la posibilidad de que no sirva de nada lo que está a punto de hacer. Con

un gesto automático hunde de nuevo la mano en el bolsillo derecho, y vuelve a comprobar, por tercera vez desde que dejó a Matteo en casa, que todo está bien ahí dentro.

Le había pedido aquella misma noche a Matteo que la acompañara. "***Bice… eso no es para nosotros, no es para mí, no creo en esas cosas"***, le había dicho él, y por un momento ella se había atrevido a renunciar. Hasta que él hubo pegado la capa de latón en el barco y guardado las últimas piezas de su vida en la bolsa.

Beatrice había abandonado, de golpe y en ese preciso instante, cualquier esperanza de que algo sucediese, de que algo cambiase, y por eso había salido a la calle, bajo la lluvia incesante y las bofetadas del frío, porque ya era lo único que podía hacer. Llegar hasta allí. A la Fontana.

Neptuno la mira ahora sin entender la importancia que tienen las aguas bajo los indomables hipocampos. Beatrice se acerca a la fuente con paso vacilante y dolorido. Se detiene un momento a observarlo todo, y en el mundo parece existir solamente ella, y la fontana entera. Respira muy hondo cuando se gira para darle la espalda a las aguas.

Acaricia lentamente la moneda de cobre que lleva protegida en el bolsillo derecho y que ha custodiado hasta aquí. Piensa en los gestos de Matteo, en su forma de mover las manos, de agarrar las cosas, de levantar el mentón por encima del jersey para tomar aire. Es Matteo quien debería lanzarla, piensa, pero va a tirarla ella, Beatrice, en su nombre. Por los dos.

Sin darse cuenta repite *Matteo, Matteo, Matteo*, mientras saca la mano del bolsillo. En realidad casi suplica *Matteo, Matteo, Matteo*, y, en un único gesto ondulado y empapado de lluvia, hace saltar la moneda por encima del hombro izquierdo. No se da la vuelta cuando escucha cómo se la traga la fuente con un borboteo casi imperceptible.

Si Beatrice guardaba alguna esperanza de que Matteo volviera a casa, estaba encerrada en ese pequeño pedazo de cobre.